


**Inmigrantes europeos y migrantes venezolanos:  
entramados en la alteridad desde la convivencia.  
Lo vivido y memoriado en una casa de vecindad****Noemí Frías Durán**

Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Caracas, Venezuela

 <https://orcid.org/0000-0001-8049-8176>E-mail: [frias.noemi@gmail.com](mailto:frias.noemi@gmail.com)

**Resumen:** Venezuela sufre por primera vez un intenso proceso de emigración motivado a múltiples factores. Se destaca en lo particular una campaña mediática impregnada de agresividad y distorsiones que viene afectando significativamente la sensibilidad e idiosincrasia del venezolano. Los diversos destinos geográficos han sido los del continente americano, quizás por aquello de la familiaridad del idioma, costumbres y tradiciones similares, aunado poseer el orgullo que un insigne personaje fue el libertador de cinco de estos países hermanos, nuestro Simón Bolívar. Con miras a generar toma de conciencia desde la reflexión permanente para el cambio de actitud, me sumerjo en el paradigma Socioconstruccionista de Gergen (2007) acompañada de la fenomenología social de Schultz (1973) y del método narrativo-biográfico de Montero (2004), para relatar “lo vivido y memoriado” durante mi niñez y adolescencia en una casa de vecindad en Caracas, donde convivieron en un ambiente de respeto, afectividad y alteridad inmigrantes europeos, latinoamericanos y migrantes criollos.

**Palabras-clave:** Inmigrantes; Migrantes; Venezuela; Alteridad; Lo memoriado.

**European immigrants and Venezuelan migrants: entered in the alterity since living. Lived and memoriated in a neighborhood house**

**Abstract:** Venezuela suffers for the first time an intense process of emigration motivated by multiple factors. In particular, a media campaign impregnated with aggressiveness and distortions that significantly affects the sensitivity and idiosyncrasies of Venezuelans stands out. The various geographical destinations have been those of the American continent, perhaps because of the familiarity of the language, customs and similar traditions, coupled with having the pride that a distinguished character was the liberator of five of these sister countries, our Simon Bolivar. With a view to generating awareness from the permanent reflection for the change of attitude, I immerse myself in the Gergen Socioconstructionist paradigm (2007) accompanied by the social phenomenology of Schultz (1973) and the narrative-biographical method of Montero (2004), to tell “what has been lived and remembered” during my childhood and adolescence in a neighborhood house in Caracas, where European, Latin American immigrants and Creole migrants lived together in an environment of respect, affection and otherness.

**Keywords:** Immigrants; Migrants; Venezuela; Otherness; Memory.

**Texto recebido em: 25/09/2019****Texto aprovado em: 29/11/2019**

La revisión de nosotros mismos como personas (...) es una exigencia del proceso de comprensión e interpretación (...) por lo tanto, la subjetividad forma parte de la construcción de sentido (...) se hace necesario acceder a la utopía de relatarnos, de interpretarnos, junto a los otros. De hurgar en nuestra interioridade. (MÁRQUEZ, 2008, p. 1)

cada vivencia es un momento de la vida infinita.  
(AFUCH, 2007, p. 36)

### Reflexiones iniciales

Venezuela, mi país, mi hermoso e inigualable territorio, constituido por montañas frondosas de un color verde cuya visualización y/o cercanía al tocar propicia la percepción de energía y paz a la vez; unas llanuras invitando a disfrutar de libertad, mucha libertad; una variada gama de afluentes, ríos, mar, saltos de agua, tan elevados en algunas regiones que nos provee de cierta gallardía en el planeta por ser únicos e irrepetibles. Ahondando en esa Venezuela, al llegar a su corazón, nos encontramos con un permanente palpitar que se traduce en: solidaridad, amor, respeto por el otro, compañerismo, abierta fraternidad, alegría desbordante inseparable del humor. Es de esa Venezuela de brazos extendidos para consolar y/o dar palmadas de ánimo, de impulso cuando la desesperanza agobie a quien llegue desolado a nuestras tierras, a la que en los próximos párrafos quiero hacer referencia a través de una lectura hermenéutica que inicio desde la década de los cuarenta al sesenta del siglo pasado. Luego desde un intenso proceso relacional, tejido desde la vivencia y lo memoriado trasciende hasta el presente, segunda década del siglo XXI.

Como deja entrever el epígrafe, de la mano de un arduo proceso interpretativo en el que se conjuga lo individual con lo colectivo, entretajo elementos autobiográficos (RIGHETTI, 2004) en un sendero que me propicia el apoyarme en el paradigma del Socioconstruccionismo, particularmente, con los aportes que en este sentido ha realizado Kenneth Gergen (2007), quien sostiene que el grado de un *dar cuenta* del mundo o del yo, se sustenta a través del tiempo y no depende de la validez objetiva de la exposición sino de vicisitudes del proceso social.

En lo particular, el eje central de estas reflexiones gira en torno a las vivencias percibidas durante mi niñez y adolescencia, del significativo proceso social que representó para Venezuela en las décadas señaladas, constituirse en

receptora de inmigrantes europeos y latinoamericanos. Aunado comenzar a sentir a lo interno, el impacto de las migraciones del campo a la ciudad. En este ámbito de vicisitudes, asume relevante protagonismo, la casa de vecindad N.46 ubicada en la parroquia Catedral de Caracas, por erigirse en el espacio físico donde convergen esta triología poblacional y diversidad cultural.

Para adentrarme en la interpretación de las múltiples vicisitudes y mundo experiencial de los inmigrantes europeos, latinoamericanos y el contingente de migrantes criollos en esa casa de vecindad, que en el presente forma parte de mis vivencias y mundo memoriado y asumo como “patrimonio inmaterial”, los postulados del paradigma Socioconstruccionista constituyen mi hilo conductor, por cuanto Kenneth Gergen destaca que este paradigma, contribuye a conocer las maneras en las cuales los individuos y los grupos, participan en la creación de su percepción social de la realidad, en la que el discurso de la experiencia se proyecta en una autonarratividad relacional: “Las personas dan significado a sus vidas y relaciones contando su experiencia” (2007, p. 169)

Bajo esta misma premisa, nos señala Righetti (2004, p. 7): “mediante la memoria, el individuo descubre dentro de sí lo que no sabía que poseía (...) la peculiaridad del narrar, jamás reducible al descubrir, porque el narrador recorre de nuevo un camino existencial en el cual se identifica”.

Recorrer el contexto espacial donde transcurrió mi infancia y adolescencia, en pleno centro de Caracas, genera un impacto cargado de significativa afectividad y emocionalidad de tal magnitud, que sin poder evitarlo, la visualización de ese espacio se distancia del real en este presente y, la imagen que visualizo es como está anclada en mi memoria infantil-adolescente, erigida sin lugar a dudas, como patrimonio inmaterial, por cuanto en el presente ya no existe, en su lugar se generó otra edificación.

¿Qué guarda con tanta delicadeza y emocionalidad mi memoria que ha dejado esa huella imborrable por más de seis décadas y que, le asigna un valor patrimonial en mi espiritualidad? Indudablemente está vinculado a la dinámica social de subjetividad e intersubjetividad vivida en la casa donde nací y me críe hasta los 13 años, identificada con el N. 46.

Ser hija de una inmigrante proveniente de la ciudad de Cúcuta – Colombia y de un migrante venido de la población de Tacarigua en Barlovento – estado Miranda, ya nos avizora dos personas que por diferentes circunstancias se desplazan de su lugar de nacimiento y se conocen en el recinto de cobijo que las

grandes ciudades, generalmente, tienen como ámbito de recepción, en especial, cuando no se cuenta con suficientes recursos económicos, me refiero a la casa de vecindad denominada por otros pensión.

Inmersos en este hilo conductor nos refiere Demetrio (1996, p. 63):

Descubrir las conexiones entre los recuerdos es, de hecho, un aprehender, ya que todo recuerdo es un signo que abre las puertas a un acontecimiento y reclama otros signos, otras escenas vitales, en una red de interrelaciones complejas. Somos capaces, por lo tanto de ejercitar una inteligencia retrospectiva que vincula los eventos, va al descubrimiento de causas, nexos, explicaciones que representan un ejercicio cognitivo propiamente dicho. Esta inteligencia autobiográfica es sinónimo de libertad, contra las presiones, los condicionamientos, que en la historia se han producido innumerables veces al pensamiento individual, a la búsqueda autónoma de respuestas a la elaboración de puntos de vista divergentes o alternativos a los poderes, a las costumbres a las normas dominantes.

Sumergida en mis recuerdos, en ese mundo memoriado de la Venezuela solidaria, amorosa e incondicional con los inmigrantes y con los propios, venidos de diversas regiones en convivencia armónica de respeto y valoración a la diversidad cultural, llamo la atención del lector para propiciar un diálogo tácito en el cual nos acompaña la alteridad.

### **La percepción visual del recuerdo: la casa de vecindad por dentro**

La casa de vecindad que se agolpa a mi memoria era larga, muy larga, constituida en cinco grandes ambientes. El famoso zaguán (espacio inmediato a la puerta principal de la entrada); la sala amplia donde estaba colocado un televisor bastante grande encima de una amplia repisa en lo alto de la sala, para que nadie lo estuviese manipulando, salvo los dueños de la casa, que eran un matrimonio Gallego (uno proveniente de Orense y otro de la Coruña). Al igual de otros coterráneos, habían inmigrado a Venezuela en los inicios de los años cincuenta del siglo pasado. Esa sala central estaba ambientada con un juego de mueble de paletas para que los vecinos pudieran disfrutar de la programación televisiva en horas determinadas. De lunes a viernes se prendía a partir de las seis de la tarde, coincidiendo con el regreso de los inquilinos de su respectivo trabajo y, se mantenía encendida hasta las 10 de la noche que era la hora en que todos los espectadores

de la programación televisiva de ese día, debían retornar a sus respectivas habitaciones. La dueña emprendía su desplazamiento a lo largo de toda la casa recordando que debían apagar todas las luces, por aquello del ahorro de la energía eléctrica.

Comentario especial merece relatar las múltiples vivencias que se suscitaban durante el disfrute de la programación televisiva, por constituir el espacio natural de compartir entre los residentes. Al sumergirme en mis recuerdos visualizo la atracción general con determinadas series de aventuras de la época como: El Llanero Solitario, Rin Tin Tin y Tarzán, el hombre de la selva, entre otras, que se convertían en las favoritas de esa diversa audiencia, quienes en los espacios de propaganda y de avisos publicitarios, aprovechaban para realizar comentarios de la cotidianidad del país, según como esos aspectos los afectara positivo o negativamente en coherencia al desempeño laboral que ejercían.

Dialogaban igualmente, si habían recibido cartas de sus parientes y, si el espacio publicitario se prolongaba, en varias oportunidades se generaban pequeños grupos de intercambios de vivencias, en interrelación a las noticias familiares recibidas. Para dar un carácter más privado lo realizaban en su idioma, de manera que el diálogo adquiriría un carácter de particular familiaridad y privacidad, aunado el profundo acercamiento, lo interpreto hoy en mi adultez y conocimiento adquirido. Percibo e imagino, el regocijo que representaba la oportunidad de intercambiar ideas, vivencias, a veces situaciones delicadas de la familia lejana, con el “paisano” en su idioma de origen, como si ese micro momento permitiera significativa conexión con lo propio, con lo añorado material e inmaterial.

Los residentes que tenían más tiempo en el país y que por su desempeño laboral compartían más de cerca la vida socio política y económica con el criollo, se atrevían en muchas ocasiones a opinar y hasta censurar acontecimientos recientes. En otras palabras compartir la distracción y entretenimiento que se derivaba de la programación televisiva, poco a poco, se convirtió en un espacio natural de socialización y familiaridad entre paisanos en primer lugar y, progresivamente, se fue dando apertura a la inserción del vecino que como elemento común, también era inmigrante. En este sentido, Ricoeur comenta: “se puede hablar de una “comunidad de los creyentes” que tienen una visión del mundo, una energía y unas imágenes en común. Es el “verse como”. (2006, p. 2)

Entre la entrada principal y el primer patio de la casa había alrededor de cinco (5) habitaciones ubicadas a ambos lados (derecha e izquierda) separadas por

un estrecho pasillo, como característica común, no tenían ventanas, lo que obligaba al uso del ventilador. Resalto que en las mismas dormían una o dos personas del mismo sexo y en lo particular, la presencia masculina era la que predominaba. Posterior a transitar por este primer patio venía un pequeño descanso donde se ubicaban tres habitaciones más o menos amplias. En ese espacio de descanso estaba colocada una mesa de madera con cuatro sillas, que progresivamente se convirtió en el espacio para el juego de cartas y de dominó que se activaba a partir de las seis de la tarde.

Me detengo en este trayecto del recorrido, por cuanto se genera una significativa carga de emotividad y nostalgia al realizar la descripción de este espacio de la estructura de la casa de vecindad, por cuanto inmediatamente visualizo entre el grupo de gallegos, italianos, portugueses y canarios que se daban cita para iniciar sus partidas de dominó, a mi papá, un imponente *migrante* venezolano, que sobresalía por su astucia en este juego de mesa. En esta visualización donde mi mundo memoriado genera un alerta, se entrecruza la imagen de las únicas niñas de esa casa de vecindad (la hija del dueño de la casa de vecindad y mi persona) quienes también nos dábamos cita en algunas ocasiones en ese compartir lúdico reservado exclusivamente al contingente masculino que allí residían, asumiendo un comportamiento casi de guardaespaldas de nuestros respectivos padres y prestas a ver quién era el ganador de la partida de dominó, suscitándose cierta ingenua rivalidad entre nosotras.

Para ampliar la complejidad de estos recuerdos, de estas imágenes del lugar donde convivíamos sumergidos en el respeto, armoniosa convivencia y solidaridad, nos comenta Ontiveros (1995, p. 34): “El amor al lugar y el dominio visual del espacio, legaliza tácitamente la propiedad del entorno donde se ubica la vivienda, aunada a las conexiones con el vecindario”.

Reiniciando el recorrido, después de este espacio de entretenimiento cotidiano, aparece ante nuestra imagen memoriada la gran cocina. Una rápida mirada en ese mundo de mis recuerdos infantiles, permite detallar de izquierda a derecha aproximadamente unas 15 cocinas colocadas en forma de semicírculo, colocadas una al lado de la otra sobre una base de cemento. Tal cantidad de cocinas pertenecía a la mayoría de los residentes que todas las noches elaboraban sus respectivas cenas. Además nos referimos a cocinas de kerosen de una sola hornilla lo que ya nos hace referencia de su pequeño tamaño. La única que era un poco más grande era la que utilizaba mi mamá que era de dos hornillas. Otros

usaban lo que para la época denominaban “primo”. Consistía en una pequeña cocina que se prendía dando previamente fuelle a una palanca que tenía incorporada y, en correspondencia a la fuerza manual que se ejerciera daba aviso para prender la cocina. Generalmente por ser pequeño el espacio de llenado del kerosen, se debía abastecer de esta fuente energética con más frecuencia.

En este espacio también se contaba con dos amplias mesas de madera con sus respectivos bancos (especie de sillas circulares sin espaldar). Allí se congregaban entre las 6 y 8 de la noche a cocinar y cenar los que tenían sus respectivas cocinas como ya referí. Para proporcionar un poco de cierta exclusividad en ese momento tan especial que significa el compartir el alimento, mi mamá asumió por costumbre que cocinaba justo cuando la mayoría de los residentes masculinos culminaban de cenar. Lo que indica que nuestra cena se realizaba entre las 8 y 9 de la noche. Por ello, alrededor de las 6 de la tarde nos elaboraba un pequeño sándwich y así calmar el apetito hasta la cena familiar que nos proporcionaba a los cinco hijos sin la presencia del resto de los residentes de la casa de vecindad.

Durante este proceso de elaboración de la cena donde se congregaba la mayoría de los residentes, se observaba el recorrido vigilante de la dueña, con la finalidad de estar pendiente que no se derrochaba el uso y consumo de agua en la elaboración de los alimentos y en el fregado de los utensilios de cocina. Advertía que si no se tenía esa previsión, al final del mes al cancelar el pago de la habitación en la cual se residía, se incorporaría un pago extra.

Próximo a este amplio espacio de la cocina, se ubicaban los sanitarios, uno para los residentes masculinos, el cual era el más amplio, constituido por cinco retretes y/o pocetas al lado izquierdo, en la parte central se visualizaban cinco lavamanos y al lado derecho, cinco duchas. Al lado derecho de este sanitario masculino, se ubicaba el sanitario reservado para las féminas y los niños y niñas.

Inmediatamente, luego de ascender a través de una escalera de unos 10 a 12 peldaños venía un largo trayecto en la cual se ubicaban alrededor de cinco habitaciones del lado izquierdo y tres del lado derecho. Constituían las habitaciones más amplias de la Casa de Vecindad. Al final de este pasillo se ubicaba el lavandero, constituido por una batea grande y dos pequeñas, utilizado por los residentes, según un cronograma establecido por la dueña para que todos tuvieran la oportunidad de lavar su ropa sin irrumpir en el espacio del otro. Se realizó una consideración aparte con mi mamá, quien prácticamente debía utilizarla todos los

días, por cuanto su fuente de ingreso de contribución al presupuesto familiar, era el lavar y planchar la ropa de los residentes que eran solteros. Indudablemente, al final de mes, cuando se cancelaba el alquiler de la habitación donde residíamos los siete integrantes de mi familia, debía cancelar un pago adicional, según señalaba la dueña, por el consumo de agua y electricidad que superaba la cuota establecida para cada uno de los inquilinos.

En el detalle de este recorrido se proyecta lo memoriado con emotividad, que Ontiveros (1995, p. 35) complejiza a través de este señalamiento:

Las imágenes espaciales juegan un papel preeminente en la Memoria Colectiva de un grupo, el lugar ocupado, el situarse, permite una relación entre los individuos y su medio: una plaza, una calle, un callejón, cada aspecto y detalle del lugar tiene un significado consciente e inconsciente para sus usuarios... ellos forman parte de una micro-sociedad, comparten un lugar común que permite fijar cualquier recuerdo... cada detalle del sitio es reconocido y vivenciado por sus miembros.

Posterior al lavadero, visualizamos una pequeña escalera de cinco peldaños, que nos comunicaba con el tercer patio de la casa. Alrededor de este pequeño patio se ubicaban seis pequeñas habitaciones. Era común que este pequeño patio fuera utilizado como uno de los ambientes para tender la ropa, posiblemente derivado por la cercanía al lavadero. Cercano a este patio, específicamente al lado derecho, se ubicaba una escalera de alrededor de quince peldaños, al final de los mismos, nos encontramos con la azotea, amplio espacio destinado, casi exclusivamente, para tender la ropa y donde se congregaban alrededor de diez gatos, a quienes mi mamá cuidaba y alimentaba todos los días con carne de bife.

Lo relatado hasta el presente deja entrever, según la autora ya referida, amor al lugar y el dominio visual del espacio en la que se legaliza tácitamente la propiedad del entorno donde se ubica la vivienda, aunada a las conexiones con el vecindario y la naturaleza. “El espacio valorizado es el lugar de lo social, donde se establecen redes y tejidos sociales, donde se registra el principio de seguridad y de identidad grupal: el individuo no está solo o raramente, él está (...) bajo la mirada de los otros y el intercambio con ellos, la expresión de sus motivaciones”. (ONTIVEROS, 1995, p. 36)

Interpreto desde la reflexión de la autora, que subyace el vínculo de lo relacional, donde la intersubjetividad emerge como hilo conductor y articula a la vez, memoria, sentimiento y espiritualidad.



## **El desplazamiento ¿por qué?**

En este presente me atrevo a interrogar lo que en mi niñez y adolescencia no comprendía y la actitud que asumí, fue la de la aceptación natural por cuanto quién era yo para cuestionar la presencia de personas venidas de otro lugar, de otro país en mi amada Venezuela. Simplemente era la menor de cinco hijos que tenía una pareja de latinoamericanos, que vivían en concubinato (personas que conviven haciendo vida marital pero no se hallan unidos en matrimonio) por más de treinta años. Por ello la interrogante en este presente. Entre esos grupos europeos ¿se inferían las mismas causas de desplazamiento al continente americano? ¿Qué razones habían incidido para que este contingente de personas de diversos países de Europa viniera a tierra venezolana? Por su parte, ¿qué había motivado a la inmigración latinoamericana venir a nuestro país? ¿Qué factores habían incidido para el desplazamiento de la población del interior del país hacia la ciudad capital?

Indagando al respecto, en este presente, me encuentro que fueron variadas las causas que generaron a familias y/o personas de manera individual, provenientes de diversas partes de Europa venir a América. Para algunos, como los procedentes de Galicia, en especial su ámbito agrícola, se derivó en el contexto de la guerra civil española, durante la misma, se establecieron medidas impuesta por la dictadura de Francisco Franco que consistió prácticamente el arrebatarles sus propiedades a los campesinos. Especialmente si comprobaban que los mismos no se identificaban con la dictadura y por consiguiente, eran abiertamente republicanos. Para la época, comprobar que eran adversos a Franco, se asumía como traición, generando dos acciones simultáneas, apropiarse de las tierras del “rebelde” y sin lugar a dudas, en varias ocasiones, esta acción se acompañó con el encarcelamiento del trabajador del agro.

Acciones como las descritas anteriormente, sumía a todos los parientes del jefe de familia en una profunda tristeza y pobreza al mismo tiempo. Si se prolongaba la estadia en la cárcel, el resto de la familia debía apoyarse en otros familiares y/o paisanos que le prestaran apoyo, en lo relativo a la alimentación. Indudablemente, recibían estas muestras de solidaridad familiar siempre y cuando no los afectara y pudieran correr el mismo riesgo de ser apresados también, al vincularlos no solamente como familia, sino desde la perspectiva política, con los que se oponían a la dictadura de Francisco Franco.

Esta compleja situación, impulsó tomar ciertas acciones de prevención, para no perjudicar a los parientes cercanos. Bajo esta premisa, emerge el emigrar, con cierta incidencia en el jefe de familia y parientes jóvenes. Con el paso del tiempo, al alcanzar cierta estabilidad residencial y económica, solicitaban a las autoridades del país que los albergaba, iniciar los trámites pertinentes para traerse a los demás integrantes de la familia poco a poco. En algunas ocasiones, este procedimiento no fue tan fácil. Todo dependió de la indagación que se emprendiera hacia ellos con relación al grado de compromiso político contrario a la dictadura de Franco. Si en la investigación, el “sospechoso” que había logrado desplazarse hacia tierras americanas, se comprobaba que realmente era un “activista político” y desde la distancia, mantenía conexión con la ideología republicana. No solamente se terminaba de confiscar todos los bienes materiales a la familia, sino que se convertía prácticamente en misión imposible, lograr que se reencontraran en tierras americanas.

Estos aspectos dejan entrever la carga de desesperanza que en los inicios se evidenció en los inmigrantes europeos provenientes de diversas poblaciones de Galicia. Cuanta nostalgia por su lugar de origen que implicaba al mismo tiempo tener conocimiento de la situación de penuria y necesidades en que habían dejado al resto de la familia. Comencé a entender entonces, con mayor claridad, lo que había representado recibir noticias de sus parientes a través de las cartas, que en varias oportunidades observé, esperaban con ansias, por ello la vehemencia que manifestaban siempre que llegaban de su trabajo, al inquirir a la dueña de la casa de vecindad, si había cartas para ellos.

Igualmente, interpreto ahora la pertinencia y el significado de mi contribución a mitigar esa nostalgia, que se diluía en algunas ocasiones, al solicitarme les leyera las cartas enviadas por sus familiares, por cuanto en su gran mayoría muchos de los europeos provenientes de Galicia, residenciados, no sabían leer. Debo reconocer que el ser una niña de seis años quien daba lectura a sus cartas, generaba en ellos cierta confianza, por cuanto no corrían el riesgo que el contenido de las misivas se comentara con algún otro residente. Por otra parte, admiraban la rectitud y disciplina con que mi mamá trataba a sus cinco hijos. Infiero ahora en este presente, que entre la admiración hacia mi mamá y la afectividad que siempre desplegaron hacia mí, facilitó ese acercamiento que con el tiempo se profundizó y solicitaron ya de manera abierta y sin titubeo, los enseñara a leer. No debo negar la emoción, orgullo e importante que me hizo sentir

convertirme prácticamente en la maestra de estas personas (gallegos y canarios). Sentir que siendo niña requerían de mí conocimiento y en virtud de estas vivencias y las de ayudar a leer a mis compañeros en la escuela, contribuyeron con el tiempo elegir como profesión, ser maestra.

Las actividades económicas a las que se dedicaron eran diversas, empezando por los dueños de la casa de vecindad los esposos González- Graña, quienes además de vivir de regentar esa vecindad, con el tiempo lograron establecer una fábrica de Colchones. En esa fábrica el señor González había comenzado como obrero, luego chofer y posteriormente se convirtió en el dueño en sociedad con otro paisano procedente de la Coruña. Vivía cercano a la casa de vecindad con su respectiva familia. La mayoría de los otros gallegos allí residentes se dedicaban a la albañilería, en el caso de las esposas de algunos de ellos comenzaron con el oficio doméstico en casa de familias que requerían su trabajo y con el tiempo habían logrado convertirse en conserjes de varios de los edificios aledaños a la casa de vecindad, razón por lo cual ya no residían allí, pero los fines de semana se visitaban y compartían muchas de las salidas recreativas, generalmente campestre que planificaban en conjunto.

Ese mismo contexto histórico de la Guerra Civil española y de la dictadura de Francisco Franco, afectó a los canarios, quienes a su vez en muchas ocasiones enfrentaron múltiples expresiones discriminatorias y de exclusión por parte del español denominado peninsular, quienes siempre han asumido actitudes de supremacía sobre los originarios de las Islas Canarias. Todo el proceso de la Guerra Civil española y, el denominado período de la postguerra a partir de 1945, sumió a las Islas de la Gran Canarias en una relevante depresión económica, que dejó significativa huella en sus actividades agrícolas que las identificaba. La reacción de gran parte de la población joven, ante estos obstáculos fue emigrar a varios países del continente americano encontrándose entre ellos Venezuela.

Se hace necesario destacar que la presencia Canaria en nuestro territorio no constituía algo nuevo. Una mirada retrospectiva hacia el proceso de conformación de nuestra población posterior a la invasión española a finales de 1498, deja entrever su presencia. En el ámbito de nuestra clasificación social durante la época colonial, en diversos archivos históricos se les reconoce como grupo social Blancos de Orilla. En otras palabras, la presencia de los canarios y/o isleños como coloquialmente se les denomina, nos es profundamente familiar.

Con respecto al grupo de canarios al que hacemos referencia en estas reflexiones, fue motivada casi exclusivamente al impacto posterior a la II Guerra Mundial, denominado postguerra, que al igual que otras regiones españolas fueron afectadas económicamente hasta el extremo de la ausencia muy marcada de alimentos básicos y, para no terminar de sucumbir, la población decide emigrar, seleccionando como uno de esos destinos a Venezuela.

Los canarios residentes en la casa de vecindad No. 46 estaban constituidos por tres grupos familiares: los González, provenientes unos de la Gomera y otros de Santa Cruz de Tenerife; los Linares provenientes también de Santa Cruz de Tenerife y dos hermanos de apellido Santana, que venían de Las Palmas de Gran Canarias. La actividad económica en la que se centraron en su mayoría fue: vendedores de hortalizas en el mercado de Quinta Crespo y el Mayorista de Coche; luncheros (dedicados a las actividades de la barra de un restaurant o bar), cocineros y/o chef, mecánicos, choferes y vendedores minoristas en el ramo de artefactos domésticos como radios marca Philips y Philco, televisores y máquinas de coser manual marca Singer en las más famosas barriadas de la época. Ventas que realizaban para pagar por parte o cuotas.

También fue visible en la casa de vecindad N. 46 el contingente lusitano, venido exclusivamente de las Islas Madeira, afectados en cierta proporción por los efectos de la postguerra. Por estar dedicados al trabajo de la tierra, la que no pudo ser atendida en condiciones amplias en un contexto bélico que a nivel mundial dejaba sentir los efectos con mayor o menor intensidad en diversos espacios geográficos especialmente europeos. Prácticamente en la misma década de los gallegos y canarios (1940-1950). Los que estaban alquilados en esta casa de vecindad, lo constituían familias completas (específicamente dos familias de 4 integrantes cada una) y tres señores que habían inmigrado de manera individual, pero comentaban, que al lograr la estabilidad económica ansiada, se mudarían a un espacio más amplio, cuando llegara el resto de la familia.

Los vecinos lusitanos o portugueses, laboraban fundamentalmente en actividades de albañilería y carpintería que por la época tenía mucha demanda en nuestro país, motivado a la política de construcción emprendida por el General Marcos Pérez Jiménez. De igual forma, su presencia en las panaderías cercanas a la casa de vecindad, se convirtió en indispensable. Posiblemente, este aspecto se facilitaba en virtud de la cercanía al centro de la ciudad que, a su vez, era el espacio

de mayor concurrencia y donde la actividad comercial tenía significativa dinámica, especialmente los fines de semana.

Ratificamos nuestras apreciaciones de niña y adolescente, al realizar un pequeño recorrido por estos espacios en el presente y observar la presencia permanente de panaderías, algunas con otros nombres al cambiar de propietario, pero siempre bajo la tutela de lusitanos, generalmente en asociación entre paisanos que desde el origen étnico común, emerge la confianza de emprendimiento en colectivo y, los criollos por su parte, vinculados como empleados.

En el contexto de este relato incorporo a los residentes italianos, que como europeos al fin, fueron impactados por los mismos efectos de la postguerra, especialmente Italia que tuvo participación significativa en la I y II Guerra Mundial a través de Mussolini y otros gobernantes; acciones que generaron la muerte de millones de hombres, trabajadores de las áreas agrícolas en particular y que, al finalizar estos movimientos bélicos la carencia de alimentos e insumos básicos fue relevante.

Podemos destacar en el caso específico de los inmigrantes italianos, cuya presencia masiva se deja sentir coincidiendo con la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, que como referí en párrafos anteriores había iniciado un sistema de construcción que se refleja en majestuosas edificaciones y red de modernas vías de comunicación, surgiendo en coherencia la demanda de mano de obra especializada, aspecto que favoreció la creación de una política de puertas abiertas a este contingente inmigratorio del centro y sur de Italia, sobresaliendo en la casa de vecindad N. 46, los Sicilianos y Napolitanos.

El grupo de sureños italianos a los que nos referimos, se especializaban en todo lo referente al pilotaje de la construcción y maestros de obras, actividades laborales que desarrollaron a lo largo y ancho del territorio nacional. Apellidos como: Mazarrelli, Capri, Lombardi, Regina, Girandelo, constituyen parte de los que se agolpan a mi mente. En algunas oportunidades se ausentaban hasta por tres semanas dependiendo si la obra en la que participaban era hacia el occidente, oriente, sur o centro del país. En varias de estas oportunidades de trabajo se llevaban a los migrantes orientales, algunos del estado Sucre: Güiria, Cariaco, Yaguaraparo, Irapa y otros del estado Anzoátegui: El Tigre, Anaco, en calidad de obreros.

Otro grupo de los residentes italianos se dedicaban a la sastrería. Como el cuarto alquilado no era tan amplio, la actividad la realizaban en el lugar de trabajo.

Aproximadamente en distancia de tres a cuatro cuabras de la casa de vecindad se constituía en la zona comercial del casco histórico de Caracas, por ello lo referente a panaderías, sastrerías, abastos, en fin, comercios que cubrían demanda de necesidades básicas propio de la cotidianidad familiar, se constituía en la ubicación preferencial. Esta característica favoreció que la casa de vecindad fuese muy solicitada por el inmigrante europeo que recién llegaba al país. Se facilitaba no gastar en transporte, acercarse a comer en horas de almuerzo, en fin, ahorros significativos para el inicio de esta etapa de vida lejos de su lugar de origen.

La inmigrante latinoamericana proveniente de Cúcuta- Colombia era mi mamá. Cuando junto con mi papá alquilaron una habitación amplia en la casa de vecindad, en los años cincuenta, ya tenía catorce años de haber llegado a Venezuela. Razones personales y familiares se habían constituido en las causales fundamentales para emigrar. Su desempeño laboral se había centrado en ser niñera en casa de Presidentes de estado, los que en el presente, se les asigna la denominación de Gobernadores de estado.

Aunque su compañero con el que vivía en concubinato, mi papá, proporcionaba amplio sustento para la alimentación; aspecto que se le facilitaba por trabajar en el mercado y donde el procedimiento del trueque (intercambio de un producto por otro), constituía la transacción económica común, en ese tiempo histórico, en el mercado entre los vendedores de diversos ramos alimenticios. Por ello siempre llegaba repleto de grandes bolsas de alimentos, que cubrían satisfactoriamente la manutención de los siete integrantes de nuestra familia. Pero mi mamá poseía una visión de la vida y dinámica familiar más compleja. Era del pensar que solo estudiando cada uno de nosotros y, adquirir una determinada profesión, se constituiría en la alternativa segura de mejorar la calidad de vida de cada uno de sus hijos.

Por ello tomó la iniciativa, ante los múltiples requerimientos para cubrir necesidades de educación, ropa, calzado y recreación de sus cinco (5) hijos, sin el consentimiento de mi papá, de lavar y planchar la ropa de los señores de la casa de vecindad que no estaban con su familia. Luego se extendió la fama por los alrededores, de la calidad de este trabajo y, amplió su clientela hacia familias que requerían de sus dotes en este oficio doméstico. Indudablemente, en este sentido cumplió su cometido. Con este aporte económico logró que la mayor de mis hermanos estudiara en Colombia bachillerato comercial, bajo el cuidado y vigilancia de su familia. El resto de los cuatro hermanos, estudiamos en institutos públicos

del país, sin faltar nuestros respectivos útiles, uniformes y calzado, aspectos que facilitaron progresivamente, culminar nuestros estudios y convertirnos en profesionales.

Mención especial constituye para mí referirme al migrante de Barlovento (región afrodescendiente del estado Miranda); quien era mi papá; un esbelto hombre de aproximadamente 90 kilos, con 1,95 de estatura. Como muchos otros oriundos de su región, se habían desplazado hacia la ciudad capital motivado al auge del boom petrolero que con profunda fuerza se sintió en el país en la década de los cuarenta. Pero cuyos aportes tanto económicos, sociales y culturales derivados de sus divisas, no se dejaban sentir en las zonas más deprimidas del país. Las regiones dedicadas a la actividad agrícola de manera relevante y en especial Barlovento, zona productora por excelencia de cacao, sintió ese impacto de tendencia de explotación y exportación de hidrocarburos. Atrás quedaba el período histórico que había colocado a la región a la palestra del mundo por la calidad del cacao venezolano, indiscutiblemente el de mayor calidad.

Como tantos otros de su coterráneos, había dejado el nicho materno casi un adolescente sin haber avanzado en sus estudios primarios. Aspecto que en la vorágine de la gran ciudad se sentía excluido por ser analfabeta. Indiscutible que este boom petrolero, incidió en el proceso de transformación de la Venezuela agrícola a la Venezuela petrolera. Las regiones dedicadas a la actividad agrícola de manera relevante y en especial Barlovento, zona productora por excelencia de cacao, sintió ese impacto de tendencia de explotación y exportación de hidrocarburos.

Ante este cambio brusco de la actividad agrícola a la petrolera, incidió en la población Barloventeña, fundamentalmente joven, quienes se desplazaron hacia zonas urbanas, generando significativa presencia en Caracas. Mi papá, formó parte de ese contingente de afrodescendientes que decidieron migrar hacia la Capital de la República. Sus inicios en el ambiente de la gran ciudad, no fue nada positivo. A los 27 años tuvo un accidente laboral que ameritó la amputación de dos dedos de su mano derecha. Solo en la ciudad, sin apoyo familiar, no guardó el cuidado requerido y al poco tiempo se complicó con una gran infección que trajo como consecuencia la decisión de los médicos de amputar más de la mitad de su extremidad superior derecha. Luego de superar este proceso de afectación de su salud. Se dedicó al trabajo de vendedor en el mercado de Quinta Crespo y diez años después en el mercado Mayorista de Coche.

El contexto laboral del mercado, como vendedor de limones, incidió en el desarrollo de la habilidad numérica y, se convirtió para bien de la familia, en todo un microempresario, lo que facilitó proveer permanentemente la alimentación familiar. Interpreto desde este presente, su satisfacción de superar la limitante de la ausencia de su extremidad derecha superior, desenvolviéndose de manera independiente en su atención personal. Además de otros aspectos propios de la relación filial, su habilidad para abotonarse su camisa, realizar el nudo de sus zapatos, pues utilizaba zapatos que requerían cordones, colocarse sus respectivas medias y el resto de su indumentaria, posterior a su baño diario, generó una gran admiración hacia él, por su independencia en lo referente a su cuidado personal y por otra ganar su propio sustento económico. Otros hombres en condiciones similares de ausencia de alguna de sus extremidades: superior y/o inferior, se ubicaban en las plazas y diversos sitios públicos a solicitar apoyo económico, que comúnmente se denomina, pedir limosna.

Realizo descripción de este contexto personal de mi papá, porque la única nota discordante de lo relatado en torno a él, consistía que al finalizar la venta de su mercancía, al llegar a la casa provisto de bolsas de víveres alimenticios, ya referidos, en auto de alquiler que lo trasladaba desde el mercado, siempre venía embriagado. Con la inteligencia que caracteriza el sexto sentido de la mujer y, más en su condición de madre, nuestra progenitora se las ingenió para que obviáramos esa imagen de mi papá y, la sustituyéramos por la del hombre que pese a su discapacidad física proveía de abundante alimentación. Además de nosotros siete, compartían alrededor de quince personas o más, entre familiares y vecinos, por cuanto al carecer de nevera y no tener donde refrigerar todas estas provisiones, se inminente consumir al momento.

Los inmigrantes europeos residentes en la casa de vecindad, admiraban la estoica postura de mi madre y, en especial, valoraban la compostura anímica de este hombre que responsablemente velaba por su familia, derogando de esta manera la concepción del venezolano flojo que mediáticamente se difundía, por diversos medios de comunicación en ese tiempo histórico.

Como arista del entramado que estamos tejiendo desde estos párrafos, comenzamos a visualizar e interpretar que la dinámica receptora de inmigrantes y migrantes que tuvo lugar en la casa de vecindad No. 46 en las décadas de los cincuenta y setenta, derivó en armónica convivencia donde los múltiples hilos vinculados a las razones de su desplazamiento hacia tierras venezolanas, dio



espacio para el fluir la alteridad. Para tal aseveración nos apoyamos en Córdova y otro (2016, p. 8) quienes citando a (GONZÁLEZ y ARNAIZ, s.f.) refieren: “Un aspecto importante de la alteridad es que esta implica ponerse en el lugar del otro (...), alternando opiniones, ideas, sentimientos, acciones, valoraciones, tonos afectivos, costumbres o prácticas sociales diversas”. Sin duda alguna este inédito proceso se fue gestando en la casa de vecindad y podemos interpretar y comprender en los siguientes párrafos.

### **Diversidad cultural europea: preeminencia en significativa armonía con la minoría latinoamericana**

La peculiar diversidad cultural que convergió en la casa de vecindad N. 46, posee un lugar privilegiado en mi presente. Al sumergirme en el contexto de mis recuerdos, de lo vivido en mi niñez y adolescencia, visualizo la imagen cargada de significativa afectividad e interesante pluriculturalidad, por cuanto se dieron cita de manera fortuita, una numerosa población de inmigrantes europeos y latinoamericanos, ya referidos y, migrantes venezolanos. En múltiples ámbitos del espacio físico de la casa de vecindad, al interactuar, al interrelacionarse, ponían de manifiesto el costal que llevaban sobre sus hombros, vinculado al sentido de pertenencia e identidad con su lugar de origen. Es pertinente destacar en este sentido, cierta hegemonía de los inmigrantes provenientes de Galicia (Orense, la Coruña, Pontevedra, Lugo) por constituir el lugar de origen de los dueños de la casa de vecindad, que en tácita solidaridad con sus coterráneos allí residenciados, les ofrecían relevantes muestras de solidaridad en diferentes ocasiones.

De manera especial, se podían evidenciar, en la celebración de onomásticos, bautizos y casamientos, que a lo largo de la estadía de paisanos, hacían gala de la diversa gastronomía que los identificaba y que no perdían ninguna ocasión de dar a conocer “con mucho orgullo”. La señora Blanca, dueña de la casa de vecindad, elaboraba con habilidad y mucha sazón una riquísima empanada gallega, en la cual rebosaba el pimentón, cebolla, abundante bacalao o pollo. El secreto de esa delicia gastronómica residía, en la incorporación de algunos productos traídos de su lugar de origen (pimiento en polvo y aceite de oliva) y que siempre que llegaba un nuevo inmigrante a residir en la casa de vecindad, abastecían la despensa de la señora Blanca, con todos esos “añorados ingredientes”. Interpreto que el

entusiasmo en la elaboración de esta apetecible empanada, los vinculaba irremediabilmente con su tierra, sus orígenes y, el recuerdo de algún familiar diestro en su elaboración por tradición familiar. Por todo este mundo de vivencias, cada platillo del lugar generaba alegría y nostalgia, mucha nostalgia entre los paisanos.

Entre esa comunidad gallega, presidida por los esposos González-Graña, que como ya mencioné eran los dueños, se había constituido una especie de pacto, que podía faltar algo, cualquier cosa, en los festejos, pero siempre debía estar presente la alabada empanada y el caldo gallego, con su tocino, chorizo, repollo, que en ese festín, emergía como carta de presentación de la gastronomía cotidiana del gallego, dentro y fuera de su país.

Quizás por poseer un léxico casi parecido, al igual que el coterráneo gallego, los portugueses o lusitanos, disfrutaron también de un trato privilegiado por parte de los esposos González- Graña; especialmente cuando realizaban sus salidas recreativas de fin de semana. Se incorporaban al grupo familiar extendido (hijos, familiares y paisanos). El destino preferido era el pueblo de El Junquito, en los espacios aledaños a Caracas. Interpreto desde este presente, por aquello de recordar costumbres y tradiciones de prácticas de convivencia de su lugar de origen, vinculado a zonas campesinas y/o rurales, en las cuales, el disfrute de una comida campestre es común y clásico en sus tradiciones familiares. Aunado, que cada grupo aporta muestras gastronómicas que destacan las destrezas culinarias. Esa ocasión se hace propicia para el compartir y, a la vez, intercambiar esos saberes y velar, simultáneamente, por su conservación.

Los canarios, se lucían con su famoso potaje (una sopa preparada con lentejas o garbanzos a las cuales le añadían zanahoria, auyama, papa, pimentón), en otras ocasiones era conejo que asaban y acompañaban con papas arrugadas (consistía en unas papas muy limpias que dejaban cocinar un tiempo prudencial y agregaban sal). Se destacaban igualmente en víspera de fiestas de Carnaval, con “torrejas” (elaboradas a base de harina de trigo de consistencia muy fina que freían en abundante aceite y al enfriar agregaban azúcar), su consumo se realizaba como merienda.

Los italianos tanto los de Sicilia y de Nápoles, se destacaban con sus indiscutibles espagueti, diferenciándose unos y otros con el tipo de salsa casera que con particular habilidad preparaban. Los napolitanos cocinaban sus tomates y posterior a ello los trituraban, agregaban cebolla, un pedazo de bistec y abundante

apio España; cocinaban hasta el punto de espesor. Al servir le agregaban queso parmesano. Los de Sicilia picaban ajo, aceitunas, cebolla, la salsa de tomate que ya habían preparado la mezclaban y, al servir incorporaban queso parmesano.

Mi mamá que era inmigrante proveniente de Cúcuta – Colombia, como referí inicialmente, los dos primeros platillos que iniciaban el almuerzo de todos los días, era el arroz y sopa de: pollo, hortalizas, verduras o lentejas. Podía faltar otra cosa, pero jamás los mencionados y, es tal esa herencia culinaria, que hasta el presente, he prolongado el rito culinario de mi madre.

Lo relatado con respecto a estas costumbres gastronómicas las destaco en especial, por cuanto uno podía observar su elaboración fundamentalmente los fines de semana cuando se congregaban todos a cocinar. Muchos de ellos, en especial los italianos y algunos migrantes venezolanos, venidos en su gran mayoría del oriente venezolano, como su ámbito laboral era la construcción como obreros, según la tradición de la época, comían muy ligero, prácticamente una arepa rellena con huevo, sardinas o queso y los italianos que también estaban en la misma ocupación laboral pero como eran especialistas en lo que denominan actividades de construcción el “pilotaje”, comían un gran pan redondo relleno de mortadela y ruedas de tomate, lo complementaban con el consumo de Coca-cola o pepsi-cola. Aludían que apenas les daban una hora de descanso al mediodía y, si almorzaban una comida más completa, generaba una especie de somnolencia que podía afectar su rendimiento laboral y, en otras ocasiones algún accidente. Por ello, era los fines de semana que rompían esta rutina alimenticia.

La diversidad cultural que se infiere de las costumbres gastronómicas relatadas del contingente de inmigrantes y migrantes alojados en la casa de vecindad, se fortalecía más aún, a través de otras expresiones identitaria que realizaban en determinadas ocasiones. En el ámbito musical, los fines de semana, que era cuando los esposos González-Graña lo permitían, siempre con cierta moderación en lo referente al volumen; se oía por una parte pasodobles que disfrutaban: los gallegos, canarios y hasta los lusitanos. Una que otra ocasión, combinaban los gallegos con su gaita de Galicia, que en lo referente a la armonía musical, tiene aspectos comunes con la de Escocia (Inglaterra).

La tarantela napolitana no se quedaba atrás, impregnando de alegría a los residentes, según el estado de ánimo de sus exponentes, no sólo se oía sino que se animaban a bailar. Al relatar estos aspectos observados y vividos en mi niñez, me conecta con la sorpresa que representó mi habilidad para bailar la tarantela, en mi

viaje a Italia cuando tenía aproximadamente 27 años y acompañé a mi hermana mayor a conocer los padres de su esposo, el cual es oriundo de ese país, específicamente del pueblo de Capestrano perteneciente a la región de Abruzzo. Interpreto en este presente, que la constante observación y práctica del baile desde la niñez, permitió adquirir esa destreza, aunado lo memoriado en mi mundo de vida en una etapa feliz, en el sentido, que los residentes de esa casa de vecindad en virtud a muestras de afectividad y convivencia, sumergidas en el respeto de unos hacia los otros, ancló ese sentimiento en mí.

Aspecto que se fortalecen desde el aporte de Cabrera, (2004, p. 1) al expresar: “La historia humana y las diversas formas de sociedad que se conocen están definidas esencialmente por la creación imaginaria, la cual evidentemente no puede ser catalogada como ficticia, ilusoria o especular”. Es precisamente así, como visualizo e interpreto las vivencias compartidas en la casa de vecindad. Asumiéndonos como familia en la diversidad cultural y, en un tiempo histórico, que los inmigrantes y migrantes necesitaron comprensión, cobijo. y por esa dinámica social de desplazamiento, convergen en un lugar común, que dentro de nuestro imaginario, a partir de mi niñez y adolescencia, interpreto en el presente, asumí como una micro sociedad, signada por la alteridad, el respeto al otro, a su mundo de vida.

En mi ámbito familiar constituido por inmigrante latinoamericana y el migrante criollo, el son cubano, Sonara Matancera, Billo Happy Boys, entre otros, sin faltar música venezolana interpretada por Mario Suárez, Aldemaro Romero y Estelita del Llano, se oía con frecuencia, a través de un radio marca Philips. Tal y como lo exigía las normas de convivencia establecidas por los dueños, mi papá oía con volumen moderado. El era un verdadero amante de la música caribeña y venezolana. En este sentido mi mamá no mostraba ninguna preferencia. Era poco expresiva al respecto. El resto de los otros migrantes venezolanos venidos del oriente del país, su preferencia se centraba en música mexicana, especialmente, la interpretada por Pedro Infante, Agustín Lara y Jorge Negrete.

La convivencia de corte familiar que con el paso del tiempo se fue gestando entre los inmigrantes europeos, latinoamericano y migrante criollo dio lugar a una dialéctica cultural, la interpreto ahora así, al apoyarme en Dinneen (citado por MARLOS, 2004, p. 15): quien señala sobre la diversidad cultural:

capacidad de los inmigrantes de preservar su legado cultural original y simultáneamente adaptarse a los requerimientos de la nueva cultura y sociedad (...) Los vínculos con la tierra natal y con la sociedad receptora pueden ser complementarios, no conflictivos y muchas veces la negociación entre la lealtad a la patria y la lealtad a la sociedad receptora facilitó la integración del inmigrante en el nuevo país.

Sin duda, en este sentido, destaco igualmente, el singular espacio para compartir la diversidad cultural desde la perspectiva religiosa que se suscitó en la casa de vecindad, en ese tiempo histórico. Poco a poco, desde la confluencia de la cotidianidad impregnada de intersubjetividades emergió rendir devoción a la Virgen de la Candelaria, a partir de la presencia de los canarios, quienes le rendían tributo especial el 2 de febrero de cada año y, por incidencia de los lusitanos se le proporcionó a la Virgen de Fátima, en el mes de Mayo, uno de los meses para la devoción mariana por excelencia. Podemos afirmar que desde el ámbito circundante a la casa de vecindad, se facilitó el poder desarrollar estas prácticas religiosas que se habían extendido hacia el resto de los residentes. Apenas a una cuadra y media, estaba ubicada la iglesia Corazón de Jesús, en la cual además de estas conmemoraciones especiales, por pertenecer todos a la religión católica, nos dábamos cita todos los domingos.

La convivencia alimentada por respeto, solidaridad, irrumpió a plenitud la cotidianidad como espacio de interacción e intersubjetividades de los inmigrantes europeos y latinoamericanos que junto a los migrantes criollos, interpreto desde este presente, nos asumimos como una gran “familia extendida”, alimentada de la diversidad cultural que con el paso del tiempo, a través de lazos de parentesco, generados por sacramentos compartidos y la alteridad practicada por los residentes, derivó, sin temor a equivocarme, en una “familiaridad inédita” tejida por múltiples aristas, donde la “afectividad” en el sentido más amplio, fungió de hilo conductor e integrador. “En la casa de vecindad No. 46, se fue construyendo desde lo relacional un proceso permanente de reconocimiento del otro que generó empatía, espiritualidad, armonía, surcando la convivencia impregnada de otredad”. (FRÍAS, 2011, p. 111)

### ¿Retornar y/o quedarse en la tierra extranjera que les dio cobijo?

El proceso de inmigración hacia Venezuela que generó la postguerra, como venimos interpretando a partir de este relato, propició el encuentro de pluralidades de memorias y tal como nos señala Ontiveros (1995, p. 42): “los recién llegados comienzan a tejer nuevos lazos, participan de otros grupos tanto externos como internos (...) por intereses materiales y simbólicos, originándose así la posibilidad de múltiples socialidades”.

Esas múltiples socialidades fueron emergiendo poco a poco entre los diferentes inmigrantes y migrantes que residían en la casa de vecindad No. 46. La dinámica temporo espacial que los había motivado a emigrar, comenzaba a cambiar, al desaparecer las dictaduras que aquejaban sus respectivos países y podían ahora, pensar en el retorno.

Lo más inmediato fue, previo al futuro retorno, alcanzar relevantes ahorros derivado de su incansable entrega laboral, por una parte y por la otra, poco a poco cambiar de rol. Los inmigrantes gallegos, italianos, canarios y portugueses de empleados se convirtieron en empresarios. Los que habían llegado solteros al país en su mayoría se casaron con novias venezolanas. Otros por su parte, debieron cumplir promesas familiares y se casaron por poder (costumbre de la época de realizar el sacramento con familiar que lo sustituía en el lugar donde residía a quien se le había dado palabra de casamiento antes de emigrar. Luego la esposa se trasladaba al lugar donde residía el que ahora oficialmente era su esposo).

La solvencia económica permitía ahora independizarse, aspecto que favoreció la adquisición de vivienda en parroquias vecinas a la que pertenecía la casa de vecindad N. 46, elemento que incidió favorablemente para no distanciarse del vínculo de amistad construido con los residentes (paisanos o no) de la casa de vecindad.

Visualizo a través de mi memoria la imagen de: dueño de la panadería donde se había iniciado de aprendiz; dueño del restaurant donde se había desempeñado como lunchero y/o cocinero; dueños de ferreterías los que se habían desempeñado de albañil; dueños del taller de mecánica donde se había iniciado sus pasos como mecánico; los esposos González-Graña dueños de la casa de vecindad No. 46, ahora también eran los propietarios de la fábrica de colchones IVEA y a su vez de galpones para su respectivo alquiler comercial en los Teques- estado Miranda, zona foránea a Caracas, en la cual lograron la construcción de una amplia quinta como

residencia familiar. En su mayoría, los inmigrantes europeos con los que compartimos en esta casa de vecindad, lograron simultáneamente, adquirir propiedades en su lugar de procedencia, por aquello de la añoranza de sus raíces familiares.

El proceso de retorno, por las razones de la benevolencia de la estabilidad económica adquirida progresivamente, no se suscitó de manera inmediata en estos inmigrantes europeos. Aludían en las reuniones en celebraciones familiares donde fui invitada con gran parte de mis parientes consanguíneos, lo agradecidos que se sentían con nuestro país, por el cariño y solidaridad que desde su llegada habían recibido y aunque añoraban su tierra, presentían no sería igual, por cuanto los familiares más cercanos, como sus padres, habían fallecido. La adquisición de propiedades en esas tierras, lo había motivado el pensar en el futuro de sus hijos nacidos en tierras venezolanas, para que tuvieran la oportunidad de vincularse con sus raíces familiares y culturales. Pero, en lo que a ellos se refería, no aspiraban volver para quedarse, sino para visitar a familiares y viejos amigos.

Estas reflexiones que surgieron en más de una oportunidad en el compartir de onomásticos y de fiestas navideñas, puedo afirmar, se cumplieron al pie de la letra. La mayoría de estos inmigrantes europeos fueron de visita a su lugar de origen y retornaron a Venezuela para morir aquí. Un pequeño número de ellos, cambiaron de opinión al llegar allá y se quedaron por disposición de los integrantes de la nueva generación, venezolanos por nacimiento, pero que el llamado de las raíces de sus antecesores inquirió el residenciarse en las tierras originarias de los padres que en el pasado habían tenido la necesidad de emigrar.

En lo referente a la inmigrante latinoamericana, mi mamá, comentaba en ocasiones, que la solidaridad, la amistad inquebrantable del venezolano no tenía comparación, que sentía, haber retribuido ese desprendimiento y acogida cariñosa del venezolano, con los cinco hijos (dos mujeres y tres hombres) que le había dado al país. Sus cinco hijos eran profesionales y tenían ahora su vivienda propia donde el vínculo familiar se acrecentaba cada día más. Con ese aporte humilde y sencillo sentía ofrendaba al país que le dio cobijo y nunca la excluyó ni ofendió con actitudes de xenofobia. No me refiero aparte al migrante criollo, que era mi papá por ser indudablemente parte de ese núcleo familiar que con sin igual sapiencia mi madre organizó y dirigió hasta su fallecimiento.

Queda para la reflexión, a manera de incógnita ¿el mundo memoriado y vivido en mi niñez y adolescencia, interpretado ahora en mi adultez, se mantuvo

presente en la memoria colectiva de inmigrantes y migrantes residentes en la casa de vecindad N. 46?

Desde los aportes de la fenomenología social de Schultz, se pudiera dar respuesta a esta interrogante, al señalar que la realidad social es interpretada desde la perspectiva del entramado social, vivido y sentido de cada ser humano. Por ello, el relato interpretativo de mis vivencias, percepciones que tejen mi mundo de vida, se asume como una cosmovisión construida desde la convergencia de subjetividad e intersubjetividad que se fue gestado en mi niñez. Aunque en esta lectura hermenéutica, me sustento con mayor énfasis a dos etapas de mi desarrollo personal (niñez-adolescencia) el mundo de significados no ha parado su proceso de construcción hasta el presente, por varias razones, que en apretada síntesis resumo así:

- El asumirnos como una familia extendida no fue simplemente palabras. A medida que muchos de los inmigrantes lograron establecerse en el país, el vínculo comunicativo se mantuvo por largo tiempo en coherencia a factores que lo favorecieron.

- Se generó un vínculo de parentesco hasta el presente, con los dueños de la casa de vecindad Me convertí con apenas catorce años en la madrina de confirmación de la hija de los dueños que, a su vez, era mi amiga de infancia. En atención a ello, nuestra comunicación ha seguido siendo cercana, a pesar que en el presente volvieron a su añorada Galicia. Múltiples medios tecnológicos permiten reencontrarnos en nuestras vivencias, a través del recordatorio de aquellos momentos que nos marcaron mutuamente.

Emerge el aporte inédito de la memoria colectiva de un grupo de inmigrantes y migrantes que residieron en un mismo espacio físico que desde lo vivido, sentido y compartido, construyeron “un entramado identitario memoriado”. Aunado, se deja entrever la esencia humanista de nuestra venezolanidad conservada y activada históricamente, con todo el que venga a estas pródigas tierras.



## REFERÊNCIAS

- ARFUCH, L. *El espacio biográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- CABRERA, D. *Imaginario social, comunicación e identidad colectiva*. Navarra: Facultad de Comunicación; Universidad de Navarra, 2004.
- CÓRDOBA, M E; VÉLEZ-DE LA CALLE, C. La alteridad desde la perspectiva de la transmodernidad de Enrique Dussel. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, v. 14, n. 2, p.1001-1015, 2016.
- DEMETRIO, A. *La vida como reflexión de sí mismo*. Milán: Cortina, 1996.
- FRÍAS, N. *Significados y creencias sobre la participación comunitaria: una mirada interpretativa desde sus protagonistas*. Caracas, 2011. Tese (Doctoral) – Universidad Pedagógica Experimental Libertador.
- GERGEN, K. *Construccionismo social: aportes para el debate y la práctica*. Colombia: Universidad Nacional, 2007.
- MARLOS, A; MARLOS, E. *El patrimonio cultural: tradiciones, educación y turismo*. Universidad de Extremadura; Institución Cultural El Brocense; Imprenta Provincial, 2004.
- MÁRQUEZ, E. La perspectiva epistemológica cualitativa en la formación de docentes en Investigación Educativa. *Revista de Investigación*, Caracas: Instituto Pedagógico de Caracas, n. 66, p.13-35, 2008.
- MONTERO, M. *Introducción a la Psicología Comunitaria: desarrollo, conceptos y procesos*. Argentina: Paidós, 2004.
- ONTIVEROS, T. *Dinámica cultural y especial de las comunidades*. Caracas: FACE; UCV, 1995.
- RICOEUR, P. *Caminos del reconocimiento: tres estudios*. Trad. Agustín Neira. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- RIGHETTI, M. *Historia de vida entre la literatura y la ciencia: perfiles educativos*. México: Universidad Autónoma de México, 2004.
- SCHUTZ, A. *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrurtu, 1973.

**Noemí Frías Durán** é Professora e Coordenadora do Doutorado em Cultura e Arte para América Latina e Caribe no Instituto Pedagógico de Caracas da Universidad Pedagógica Experimental Libertador (IPC-UPEL), na Venezuela. Doutora em Cultura e Arte para América Latina e Caribe e Mestra em Ensino de História pela UPEL-IPC. Investigadora e coordenadora do Centro de Investigaciones Culturales Mariano Picón Salas.

**Como citar:**

DURÁN, Noemí Frías. Inmigrantes europeos y migrantes venezolanos: entramados en la alteridad desde la convivência. Lo vivido y memoriado en una casa de vecindad. *Patrimônio e Memória*, Assis, SP, v. 15, n. 2, p. 189-214, jul./dez. 2019. Disponível em: <[pem.assis.unesp.br](http://pem.assis.unesp.br)>.